

Septiembre, mes del terremoto y del amor

Jesús Vicente García



Ilustraciones de Beatrix G. de Velasco

I

La pantalla del féis dice que han llegado diez notificaciones. Por detrás del monitor un rayo de sol ha ingresado por la única rendija ventana que lo permite. Estar en el sótano implica acercarse a los gusanos de la tierra, de la cual Basilio siente que algo lo empuja en la silla con ruedas, alguien dice está temblando, enunciación que está de más cuando un terremoto llega como explosión amorosa; Basilio y compañeros de oficina ya están corriendo hacia la salida que implica una estancia de doce metros y luego a la izquierda un pasillo de similares medidas, aunque angosto, y aquí el protocolo de camine, no corra, no grite, mantenga la calma, póngase en el lugar que protección civil ha indicado, no sirve para nada, no hay tiempo ni oportunidad; se corre o se corre. Basilio intenta caminar rápido no sin antes darle el paso a las mujeres que ya están adelante, justamente cuando el piso lo levanta y luego lo oscila, arriba, abajo, y las paredes del edificio crujen, como si se quejaban, un sonido de taladro se deja caer de lleno y se va la luz, cae el plafón, el agua, las computadoras, algunos vidrios se rompen, luego los gritos, las ganas de vivir que ensordece su intento de correr. Basilio ve a sus compañeras que caen y no caen, parece que el techo se viene encima, todo el edificio, pero se tambalea, se destripa, gime miedo, es posible escucharlo, porque no sonó la alarma sísmica.

A

Pamelo y la mujer alta, Athena, deciden salir del féis para apersonarse en Ana Mary's, un café atrás de la Lotería Nacional. Ella no estuvo en la ciudad, sino cerca de Chalco, Cuatro Vientos, la calle cerca de su casa, todavía fue al mercado, pensó: "No pasa nada". Ambos conversan con los ojos acuosos; ella recordando lo que vio, leyó, escuchó y lo que señala la red social del féis, que es su fuente principal; él, hace 32 años, el 19 de septiembre de aquel 1985, no pensó que pudiese repetirse, como diría Newton, un rayo no cae dos veces en el mismo lugar, pero el mar y la tierra no se basan en estos preceptos newtonianos, y da hasta miedo pensar en un 2 de octubre de 1968, ¿podiera repetirse? La naturaleza grita lo suyo, exige que la respeten. La sociedad también.

II

El presente no quisiera que fuera presente cuando se manifiesta en esta forma, y ya se ve Basilio corriendo entre ese pasillo de marras, sin saber qué está pasando además del movimiento de tierra y del edificio que se lo imagina a punto de caerse o yéndose a pedazos hacia abajo, como se cae un borracho que se niega llegar al piso,

se mueve en su propio eje, oscila, y camina y se tropieza y salta para que el otro pie le permita mantenerse arriba, vuelve a saltar: oscila, salta, camina, cae, cae...

B

Por féis todos ayudaron y se convocó a la ayuda por parte de los jóvenes, esos héroes fugaces, tal como los de novela, que no son heroicos en todo, pero sí en algún momento, pues como hace 32 años salieron a ayudar y, duele decirlo, no fue la mejor generación para otras cosas, pues la violencia aumentó en todas sus modalidades, seguimos violando todas las leyes y buscando no pagar, eludir, transar, desviar, corromper; somos como ríos, que no dejan de ser ríos aunque no tengan agua, porque lo que importa es el cauce. Así piensa Pameló. Athena lo ve desde su silla del Ana Mary's, con música de jazz. Salen las anécdotas como corriente de la conciencia... La joven sirvienta que pasaba por una calle de Villa Coapa y se le cayó encima la barda de una escuela falleció al instante. Una familia que hacía los preparativos del bautizo de la nieta: a la una de la tarde todos se fueron a misa, y el abuelito se quedó en el lugar del agasajo para acomodar las sillas y ver lo de la comida, un pollo con mole exquisito, y llegó el terremoto, cayó encima de la familia en la iglesia que pereció con todo y cúpula, sólo el abuelo sobrevivió; la comida sirvió para los invitados al velorio. El terror de don Rafael, señor

de casi ochenta años, en Juárez y Eje Central, que cayó dos, tres, cuatro veces sin poder sostenerse y a su lado una señora reza, al final se sonríen, y resulta que la señora es su amiga que hacía más de treinta años no se veían y se ayudaron, en 1985, cuando los dos vivían en una calle de la colonia Obrera y se les cayó el pequeño edificio; la vida los volvió a unir. El señor de Milpa Alta que jura que por debajo de la tierra pasó algo, como una víbora, y dejó huella en el camino, un borde largo. Los perros que comenzaron a ladrar y otros se escondieron. Unos gatos que salieron de un vecindario en la Roma segundos antes del temblor que tiró la vivienda. La gente solidaria. Quienes no durmieron en días, quienes iban a ir ese martes a las ofertas de dos por uno de cafés, helados, pozole, o al súper y al centro comercial, martes, martes, ni te cases ni te embarques. Los que en Galerías Coapa corrieron ante el crujir del monstruo comercial. Los jóvenes de la estética a un lado del edificio de la policía, en la Glorieta de Insurgentes, que salieron despavoridos viendo y escuchando los edificios chocar, como dos boxeadores aguerridos. Pameló y Athena lo vivieron en la calle. Y él sigue pensando que el aroma de esa mujer alta es algo singular.

III

El piso lo levanta y lo hace mover de un lado a otro, cual tango improvisado y cumbia de barrio, de a saltito,





de a pasos cortos y largos, de a como se pueda salir; una escena sin alarma sísmica, puro ruido del edificio que truena y gime como si te dijera de aquí no sales. Ayes y lamentos a lo lejos, pasos que corren y no se escuchan, pura pared y plafón y vidrios y ese sonido que anuncia a la parca, y Basilio corre queriéndole ganar unos pasos, para que no le sonría y no le dé tiempo ni de apuntarlo en la lista, ni a las mujeres que van delante en ese pasillo angosto, y cuando la oscuridad llega, el terremoto aumenta de intensidad, como si lo hubiesen acordado; en ese pasillo que han caminado diez días desde que los acomodaron en el sótano porque la parte de arriba (donde estaba ubicados), la iban a arreglar poniéndole techo y piso, así que de estar cerca del cielo, ahora están cerca del infierno, o de los gusanos, o de eso que llaman inframundo, debajo de la tierra, en este lugar que caminaron tantas veces después de checar, de ocho

a ocho y media, para ir al baño, a la cafetería, a dejar documentos a otra área, a la tienda, o simplemente a la salida, tres de la tarde, hora de andar el pasillo, que es el último eslabón espacial para retirarse y seguir la vida fuera que, curioso, un compañero fue contando, de broma, los días desde que llegaron al sótano, en un pizarrón, como los convictos en las películas con rayitas verticales y a los cinco días una diagonal, y así cada que llegaba otra raya, y al salir, Basilio veía el pizarrón y se sonreía y recordaba las palabras de la jefa que preguntó cuánto tiempo pensó que estarían ahí, unos dijeron un mes, otros que dos, Basilio que hasta diciembre, pero llegó septiembre, el martes 19, soleado, la conmemoración del terremoto de hace 32 años, y por vida de Dios que no sólo se recordó con un simulacro sino con uno en serio, fuerte y sin avisar. Corre que te corre antes que todo caiga, antes que el mundo los ponga patas para

arriba. Logra, junto con sus compañeros de oficina, respirar, sentir la vida en el estacionamiento.

C

Caminan por las calles del metro Hidalgo; en Rosales, las escaleras de los locales están quebradas, abiertas, levantadas; el edificio de la Lotería Nacional con grietas y acordonada; los vendedores de libros en el mismo lugar: “¿Cómo está, profesor?”. “Qué tal”, con una mano en la boina; y ella sonrío al saludo. El edificio de un periódico y un banco, frente al Caballito, resquebrajado, un poco de lado, y acordonado, y las hamburguesas cerradas; a una cuadra, siguen trabajando en el socavón que se abrió en Humboldt y Colón un par de semanas antes, cuatro esquinas sin actividad económica; Pamelito lo siente por la tortería Armando, de las primeras de la ciudad, sin poder invitar a Athena que, por cierto, le reclama por qué no le dijo que escribía. “No me lo preguntaste”. Ella sonrío y ve hacia un lado y luego hacia él. “Ya te vi en Internet”. “Qué honor”, dice él, queriendo cambiar el tema. “¿Vas a escribir algo acerca de esto?”. “No lo sé”. Los terremotos hasta para escribir acerca de ellos hay que manejarlos con pinzas y es precisamente lo que no quiere Pamelito, invocarlo. Respeta a los que perdieron a sus seres queridos y a los que se quedaron sin nada y tiene que comenzar y recomenzar de cero, y lanza un planctus de dolor e intenta sonreírle a la mujer alta que carga su bolso con libros y con la esperanza de que ahora es el turno de los profesores como ella: educar a los jóvenes, que ya no son iguales después de un terremoto que septiembre le gustó para quedarse. Athena se ciñe de su brazo y quiere prederse con él en algún lugar del centro.

IV

Duele caminar. Nada de señal. No sabe nada de la persona querida, de la familia, del mundo exterior, es como estar entre paréntesis, en una cápsula. Los celulares no pueden contener una crisis comunicativa, lo comprueba el sistema nervioso de Basilio, que casi revienta por no saber de Vera, de amigos, novia, vida. Nada.

Andar por Miramontes es andar a la deriva, luego un aventón en auto por el Eje 3 hasta el metro Chabacano, un poquito en pesero, otro caminando. En el transporte hay gente que no sabe que se cayeron edificios, unos jóvenes planean ir al zócalo el viernes a echar desmadre, otros escuchan música, hasta que un conductor de otro microbús le informa al otro que se cayó una pinche escuela allá por Brujas. Un semáforo los detiene. Basilio camina por el metro Lázaro Cárdenas. Ve gente con otro rostro: desesperados. Llega a la Obrera, a la Algarín, pasa Viaducto y llega a la Narvarte, se comunica con Vera, quien le dice que el edificio está bien, no pasó nada, sólo que donde vive su amigo de la secundaria se derrumbó. Basilio traga saliva. Todo es rápido y lento. Ve edificios hechos añicos, gente que corre, otra llora, sentada en la banqueta, celulares que no quieren colaborar y la ayuda de miles de jóvenes no se dejó esperar. Basilio no es la excepción. Le llama a Pamelito y le dice que todo está bien, que está en una calle de la Narvarte ayudando. Basilio, vestido de traje, ya está entre unos escombros, donde le indica un capitán de brigada lo que debe hacer. Basilio-profesor-voluntario suda; el sol está en todo lo alto a las tres de la tarde. Sus zapatos son dos posibilidades de vida, sus manos se alargan para jalar escombros, hay quien le extiende un casco, pregunta por su amigo (su familia está a salvo), pues hay vecinos que afirman que no lo han visto y que otros lo vieron entrar al edificio, mas no salir; y Basilio ayuda sin tregua, escucha ambulancias, muchos chavos en chinga loca sin conocimiento del orden pero con deseos de ayudar, y el capitán de brigada organiza a todos, a lo que el profesor Valdés Balderas no tiene tiempo sino de quitar cascajo, no hay sed, no hay hambre, sólo desesperación, y ahí se queda en esa calle, como dijera Rodrigo González, entre escombros del destino.

IV

El amigo sobrevivió. Iba a ver a su novia. Regresó al edificio y junto con Basilio y voluntarios no durmió en tres días. El amor lo salvó. 